

# *Tiffany Lily*

A SPICY SHORY STORY

## CAUGHT & COLLARED



# Caught and Collared

TIFFANY LILY

Esta es una traducción sin ánimo de lucro, hecha únicamente con el objetivo de poder tener en nuestro idioma las historias que amamos... Si tienes la oportunidad de comprar estos libros te animamos a hacerlo...

**⚠️ NO** vayas a las páginas o redes sociales de los autores a preguntar novedades de sus libros en español, si las traducciones que lees son de **foros o independientes** (NO OFICIALES) ⚠️



# CONTENIDO

Sinopsis

Nota de la autora

1. Tentación
2. Escapada hacia la Euforia
3. Cruzando líneas
4. Consecuencias
5. El Encanto del Poder
6. El Límite del Control
7. Enredados en el Placer
8. Expuesto
9. La Emoción de lo Desconocido
10. Borrando Fronteras
11. Un Juego de Confianza
12. Una Lección de Disciplina
13. Romperla
14. La Dicha de Obedecer

Sobre La Autora

# SINOPSIS

## **Skye**

Creía que lo tenía todo bajo control. Mi trabajo era bien remunerado, los viajes de empresa eran lujosos y ¿el poco dinero extra que sacaba aparte? Bueno, pensé que nadie se daría cuenta. Hasta que Corey lo hizo.

Corey, mi jefe, el hombre que siempre mandaba en cada habitación en la que entraba, que me producía escalofríos con sólo mirarme, me pilló con las manos en la masa. Estaba segura de que mi mundo estaba a punto de derrumbarse, de que lo perdería todo. Pero en lugar de llamar a las autoridades o despedirme, Corey tenía otra cosa en mente.

Ahora, estoy atrapada en su juego. Conoce mi secreto y lo utiliza para doblegarme a su voluntad. Pero no es sólo la amenaza de la exposición lo que me ha deshecho, es él. La forma en que me mira, me toca, me ordena. Nunca he querido ser controlada por nadie... hasta ahora.

Debería estar luchando, pero en lugar de eso, me pierdo en esta danza retorcida y embriagadora. Su poder, su dominio, encienden algo muy dentro de mí. Y cuanto más intento resistirme, más me doy cuenta de que quizá no quiera hacerlo.

Pero, ¿hasta dónde puedo llegar antes de perderme por completo? ¿Antes de rendirme a Corey y dejar que reclame no sólo mi cuerpo, sino también mi corazón?

## **Corey**

En cuanto pillé a Skye desfalcando a la empresa, debería haberme puesto furioso. Debería haberla echado y haber llamado a la policía. Pero Skye no es una empleada cualquiera: siempre ha habido algo en ella que se me ha metido bajo la piel. Y cuando vi lo que había estado haciendo, se me ocurrió una idea.

Pensó que podía ser más lista que yo, pero ahora es mía para controlarla. Voy a hacerla pagar, pero no de la manera que ella espera. Aún no se da cuenta de lo mucho que disfruto con este juego. Skye puede pensar que se resiste,

pero puedo ver cómo reacciona su cuerpo, cómo se le acelera el pulso cuando estoy cerca. Está atrapada en mi red, y apenas está empezando a entender las reglas.

Podría arruinar su carrera, revelar su secreto. Pero ¿por qué hacer eso cuando puedo doblegarla a mi voluntad, quebrando lentamente su resistencia y haciendo que anhele lo que le ofrezco? Ella cree que sólo está intentando sobrevivir a esto, pero no sabe que ya estoy dentro de su cabeza, haciendo que anhele más.

La dinámica de poder entre nosotros está cambiando. Ella ya no es sólo un medio para un fin. Es una tentación, y cuanto más la tengo bajo mi control, más quiero ver hasta dónde puedo presionarla para ver si realmente se somete a mí. Pero hay un peligro en este juego. Cuanto más me acerco, más difícil es mantener la profesionalidad.

# NOTA DE LA AUTORA

¡Hola, queridos lectores!

En primer lugar, ¡gracias por sumergirse en **Caught and Collared!** Espero que estén preparados para un viaje salvaje lleno de encuentros tórridos, decisiones vitales cuestionables y, tal vez, algunos momentos demasiado incómodos que les harán sonrojarse y reír al mismo tiempo.

Ahora, antes de que se sumerjan en la picante aventura de Skye y Corey, quiero hacerles una rápida advertencia. Esta historia no trata sólo de sábanas enredadas y susurros sin aliento. Vamos a explorar algunos temas complejos que pueden requerir una o dos palabras de seguridad (¡es broma... más o menos!). Esto es lo que pueden esperar:

- **Contenido sexual:** Sí, hay escenas sexuales explícitas y discusiones sobre la intimidad que pueden hacerte tomar un abanico... o un vaso de agua. ¡Hidratarse es la clave, gente!

- **Tema No Consensuado:** Exploramos las complejidades del consentimiento y la dinámica de poder en las relaciones. Es importante reconocer que no todo es tan blanco o negro como parece.

- **Compartir:** Sí, habrá varios hombres involucrados. Ya sabes lo que dicen de compartir, ¿verdad?

- **BDSM:** Nos sumergiremos en las emocionantes aguas del BDSM, incluyendo algunos juegos de poder consensuados. Recuerda, todo es por diversión, ¡pero ten cuidado!

- **Vulnerabilidad Emocional:** ¡Prepárate! Nuestros personajes se enfrentarán a momentos emocionales intensos. Puede que necesites un pañuelo de papel (o una copa de vino) para superarlos.

- **Tensión Romántica:** Prepárate para una montaña rusa de atracción y relaciones complicadas. ¡Abróchense el cinturón porque las cosas se van a poner moviditas!

Gracias por acompañarme en esta escapada llena de vapor. Espero que disfruten del calor, el humor y los momentos sinceros tanto como yo disfruté escribiéndolos.

Ahora, adelante, sumérjense y veamos qué ocurre cuando los límites se difuminan y las pasiones se encienden. Recuerda: es ficción, ¡así que diviértanse!



## Tentación

### *Corey*

Siempre sentí algo por Skye. Incluso en su tímida torpeza, había algo innegablemente cautivador en ella. Tal vez fuera la forma en que su largo pelo castaño claro enmarcaba su bonita cara, o la forma en que sus ojos marrones brillaban con una inteligencia tácita. Tenía una gracia natural, siempre en forma gracias a su entrenamiento regular en el gimnasio. Me sentí atraído por ella, observando cómo navegaba por el laberinto empresarial con una mezcla de encanto y vulnerabilidad.

Pero ese día, cuando entré en la oficina y encontré una caja con las cosas de Skye en mi mesa, sentí que algo había cambiado. Acababan de ascenderla y el nuevo empleado que se había trasladado a su despacho se había encargado de poner orden, tirando sus pertenencias sin miramientos a una caja de cartón. Sentí una punzada de protección al coger la caja, pero la curiosidad no tardó en apoderarse de mí.

Mientras rebuscaba en el contenido, encontré una carpeta encima. Estaba un poco hecha jirones, con los bordes desgastados de tantos viajes de ida y vuelta entre su despacho y cualquier otro lugar en el que hubiera estado. Se me aceleró el corazón al abrirla, y lo que descubrí hizo que se me acelerara aún más el pulso.

En su interior había una relación detallada de los gastos personales de sus numerosos viajes de negocios, gastos que daban la imagen de una mujer que llevaba una doble vida. Hoteles caros, cenas lujosas y las botellas de vino más caras. Pero, ¿el colmo? Entre los gastos legítimos se escondían conceptos por masajes. Parecía que nuestra tímida y diligente Skye tenía una afición por la

gratificación que camuflaba hábilmente en sus recibos de viaje.

Mi mente se remontó a los días de la universidad, a Jay, mi viejo amigo que trabajaba como masajista. Le encantaba presumir de cómo manipulaba las facturas para sacarse un dinero extra. De repente, todo encajó en su sitio. Skye no era una empleada más de la empresa; era una mujer que sabía cómo jugar con el sistema.

En lugar de sentir rabia o traición, me sentí intrigado. Imágenes de ella descansando en habitaciones de hotel, posiblemente tumbada desnuda sobre sábanas crujientes después de un lujoso masaje, empezaron a invadir mis pensamientos. Sacudí la cabeza, intentando despejar mi mente de esas distracciones. Sin embargo, pensar en ella en esos viajes de negocios, en lo que podría estar haciendo en el anonimato de esas habitaciones de hotel, me resultaba extrañamente tentador.

Entonces ocurrió lo impensable. Eché un vistazo a su itinerario de viaje y vi que tenía previsto volar a Florida en su próximo viaje. Localizar los detalles me resultó una tarea sencilla. Mi corazón se aceleró de emoción al darme cuenta de que el momento era perfecto: Florida estaba a menos de una hora de donde vivía Jay. Una chispa de idea se encendió en mi mente y no pude evitar sonreír.

Cogí el teléfono y llamé a Jay para contarle mi plan. Para mi sorpresa, estuvo de acuerdo. Podríamos organizar algo que ninguno de los dos olvidaría, algo deliciosamente clandestino. Con una creciente sensación de anticipación, pedí unos días libres, alineando mi agenda con el viaje de Skye.

Cuando compré el pasaje a Florida, sentí una mezcla de euforia y aprensión. Lo que había empezado como una inocente curiosidad por una colega se había convertido en algo casi depredador. Vería a Skye no sólo como mi empleada, sino como una mujer atrapada en una red que ella misma había creado. Y mientras imaginaba las posibilidades, no podía evitar la sensación de que tal vez estaba a punto de descubrir algo más que sus secretos.



## Escapada hacia la Euforia

*Skye*

Tres semanas después de mi ascenso, me encontraba en otra habitación de hotel, con el aroma familiar de las sábanas nuevas y la madera pulida abrazándome como a una vieja amiga. Después de un largo viaje en taxi desde el aeropuerto, estaba más que lista para relajarme. Tiré la maleta sobre la cama y empecé a deshacer el equipaje, dejando que el mundano acto de doblar la ropa calmara mis nervios. Este era mi ritual cuando viajaba: asentarme y encontrar mi ritmo antes de que el caos del trabajo me consumiera.

Cuando terminé, me puse un vestido ligero que se ajustaba a mis curvas lo suficiente como para sentirme segura, pero no demasiado sexy. Esta noche estaba decidida a empezar el viaje con buen pie. Bajé al salón del hotel, donde pude soltarme un poco el pelo y disfrutar de una merecida copa. Siempre era una mezcla de expectación y alivio; el trabajo podía esperar unos momentos más.

Mientras me deslizaba hacia el bar, sentí que el bullicio del salón me envolvía. La música ambiental se mezclaba con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas, creando una atmósfera acogedora. Tomé asiento y pedí un gin-tonic, relajándome mientras contemplaba la escena que me rodeaba. Trabajaba duro, muy duro, pero cuando estaba de viaje me sentía en otro mundo, un mundo en el que podía permitirme caprichos sin consecuencias.

Mis pensamientos se remontan a la primera vez que me permití correr un riesgo. Había sido durante un viaje anterior, un momento fugaz de abandono temerario en el que una masajista especialmente encantadora se

había tomado libertades durante una sesión. Recuerdo que me sentía tan relajada que no me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que fue demasiado tarde. Para cuando me di cuenta, estaba demasiado perdida en el placer como para preocuparme. Había sido un momento de emoción pura y dura, y después me convencí a mí misma de que este nuevo atrevimiento formaba parte de la persona en la que me estaba convirtiendo. Era liberador, aunque un poco peligroso.

Iba por la mitad de mi segunda copa cuando un hombre apuesto y fornido se sentó en el taburete de al lado. No pude evitar fijarme en la forma en que su polo entallado se ceñía a su pecho, las palabras 'Star Massage Academy' sobre un par de manos en su pecho izquierdo. Una chispa de interés se encendió en mí.

—¿Das clases de masaje?— le pregunté, incapaz de disimular la curiosidad.

—Enseño y ofrezco—, respondió, esbozando una sonrisa que me hizo revolotear el estómago. —De vez en cuando trabajo para clientes del hotel. Acabo de terminar con una mujer arriba y necesitaba un trago para calmarme—

Se me dibujó una sonrisa en la cara y no pude evitar dejar volar la imaginación. Imaginé lo que sus manos podrían haber estado haciendo a aquella mujer anónima, qué tipo de liberación podría haber experimentado ante su hábil tacto. Era una idea tentadora, que me atrajo aún más.

—Interesante trabajo—, dije despreocupadamente, ladeando la cabeza. —¿Cuánto cobras por tus servicios?

—Kenny—, respondió tendiéndome la mano. —Pero normalmente es una escala móvil, dependiendo de lo que necesites. Pero... no le digas a mi jefe que trabajo de forma clandestina. Suele ponerse de mal humor—

Enarqué una ceja, intrigada. Estaba claro que era encantador, y cada fibra de mi ser me decía que dejara de lado mis inhibiciones sólo por una noche. Mientras charlábamos con un par de copas más, esquivó mis preguntas con destreza, manteniéndome interesada al tiempo que conservaba una apariencia de

profesionalidad que no hizo más que aumentar mi curiosidad.

Finalmente, envalentonada por el alcohol y la emoción del momento, le pregunté. —Entonces, ¿cómo hago para contratar tus... servicios?—

Jay-Kenny sonrió, con un brillo de picardía en los ojos. —He terminado por esta noche, pero si realmente lo necesitas, supongo que podría hacer una excepción. ¿Quieres que te lo facture a tu habitación?—

Se me aceleró el pulso al pensar en lo que me esperaba. —Por supuesto—, acepté, con una sonrisa en los labios.

Salimos juntos del bar, con el corazón acelerado como hacía tiempo que no sentía. Lo conduje a mi habitación, sintiendo excitación y energía nerviosa. Una vez dentro, rebuscó en su mochila y sacó lo que parecía un formulario de pedido. Mientras lo rellenaba, me pidió que me desnudara y me envolviera en una toalla de baño. La orden me hizo palpitar el corazón.

Seguí sus instrucciones, entré en el cuarto de baño y me quité el vestido. La suave toalla se sintió como un abrazo reconfortante y respiré hondo mientras volvía a la habitación principal, donde Jay me esperaba. Arrastrándome boca abajo sobre la cama, sentí el frescor de las sábanas contra mi piel, encendiendo una oleada de excitación.

Jay abrió su bolso y el aroma de los aceites esenciales flotó en el aire mientras se preparaba para el masaje. Sus manos, cálidas y seguras, amasaron mi cuello y mi espalda, liberando la tensión de mis músculos. Me entregué al momento, dejándome llevar por un estado de felicidad mientras él bajaba poco a poco por mi cuerpo hasta llegar a mis torneadas piernas.

La sensación era embriagadora. Estaba tan relajada, el peso del día se desvanecía con cada caricia de sus hábiles manos. Era todo lo que había esperado y más: una liberación de las presiones del trabajo y de las interminables expectativas. Y entonces, lentamente, introdujo sus manos entre mis piernas.

En la bruma de mi relajación, sentí el aleteo de mi corazón contra mi pecho, una oleada de calor

recorriendo mi cuerpo. El vuelo, las cervezas y el masaje crearon una tormenta perfecta de letargo, pero había algo más, algo extra que Jay había puesto en una de mis bebidas. Me invadió como una suave marea, arrastrándome hasta que ya no pude luchar contra ella.

Sin darme cuenta, me quedé profundamente dormida, acunada en un capullo de comodidad y deseo. Mientras mis pensamientos se sumían en la oscuridad, no podía evitar la sensación de que había cruzado una línea invisible.



## Cruzando líneas

### *Corey*

Me paseé por el vestíbulo del hotel, con el corazón palpitando al ritmo de mi impaciencia. La alfombra de felpa se sentía suave bajo mis zapatos, pero la indulgencia del entorno hacía poco por calmar la tensión que me anudaba el estómago. No podía deshacerme de la expectación que me corroía mientras esperaba la llamada de Jay. Volví a mirar el reloj: llegaba tarde. Nunca había sabido que no fuera puntual, pero cumplía con su trabajo y, por eso, también lo dejaría divertirse un poco.

Justo cuando estaba a punto de marcar su número, mi teléfono zumbó en mi bolsillo. Lo saqué y el corazón me dio un vuelco al ver el nombre de Jay en la pantalla.

—Hola, hombre—, respondí, tratando de mantener la voz firme a pesar de la oleada de adrenalina que me recorría.

—Corey, está inconsciente—, dijo Jay, su tono casual, casi burlón. —Deberías subir aquí—

—¿Está...?— Dudé, con una mezcla de excitación e inquietud invadiéndome. —¿Está bien?—

—Relájate. Está perfectamente, muy relajada— Pude oír la sonrisa en su voz y sentí una oleada de expectación.

—Querrás ver esto—

—Enseguida voy— Colgué y sentí una gran emoción mientras recorría los laberínticos pasillos del hotel. El aire estaba cargado con la promesa de lo que estaba por venir, y no podía negar la emoción que electrizaba mis sentidos.

Cuando por fin llegué a la habitación de Skye, Jay estaba delante de la puerta con una sonrisa de satisfacción en

la cara. Empujó la puerta y entré, con el pulso acelerado ante lo que veía.

Skye yacía en la cama, una visión de vulnerabilidad con las piernas abiertas, atada y hermosa. La tenue luz proyectaba un suave resplandor sobre su piel, acentuando las delicadas curvas de su cuerpo. Sentí una oleada de euforia y poder al verla, completamente inconsciente del juego que estábamos jugando.

—Coge las esposas—, ordenó Jay, con voz baja y decidida. Sin vacilar, fui a ayudarlo, la emoción del momento se apoderó de cualquier duda persistente. Mientras sujetaba sus muñecas a los postes de la cama, no pude evitar admirar la forma en que su pecho subía y bajaba, su respiración lenta y constante.

Una vez sujeta, pasamos al siguiente paso. Jay sacó una venda y sentí una oleada de excitación cuando le tapamos los ojos. El misterio se intensificó, aumentando la emoción del momento. ¿Gritaría? ¿Lucharía? ¿O se sometería a las fantasías que habíamos conjurado en nuestras mentes?

—Vamos a amordazarla—, dijo Jay, y yo asentí, casi sin aliento por la expectación. La idea de silenciarla, de quitarle la voz y el control, me producía escalofríos de excitación. Le colocamos suavemente la mordaza en la boca y retrocedí para contemplarla: atada, con los ojos vendados y completamente a nuestra merced.

—Ahora, vamos a despertarla—, dijo Jay; la picardía de su tono me estremeció. Pude ver la tensión en su cuerpo, la forma en que se tensaba instintivamente cuando empezó a agitarse.

Jay le puso suavemente una mano en el hombro, sacudiéndola con suavidad. —Oye, Skye. Despierta, hermosa— Su voz era suave, como la miel, y vi cómo sus párpados se agitaban, luchando contra la bruma del sueño.

Su cuerpo se puso rígido en cuanto se dio cuenta de que estaba sujeta. La confusión se reflejó en sus facciones al darse cuenta de lo que ocurría, pero la mordaza le impidió emitir sonido alguno. El miedo que sentía me aceleró el corazón, pero también había algo embriagador

en la forma en que se retorció contra sus ataduras, una lucha instintiva contra lo inevitable.

—Tranquila—, le dije, tratando de calmarla a pesar de mi propia excitación. —Estás en buenas manos— La ironía de mis palabras flotaba en el aire, pero no hizo más que aumentar mi deseo.

Jay se inclinó más hacia mí, en voz baja y conspiradora. —Sólo vamos a divertirnos un poco, Skye. No te resistas—

Se agitó un poco, con las piernas haciendo fuerza contra las ataduras, y sentí una oleada electrizante al verla forcejear. Era embriagador verla tambalearse confundida, incapaz de comprender el cambio de su vida ordinaria a este mundo salvaje y secreto al que la habíamos empujado.

—Relájate, sólo respira—, le ordené, con voz suave como la seda. Era una contradicción absurda: yo, que había orquestado aquel caos, intentaba calmarla. Pero me deleitaba en el control, en el poder que ejercía en aquel momento.

Jay ríó suavemente, con los ojos brillantes de picardía. —Te prometemos que disfrutarás, Skye. Déjate llevar—



## Consecuencias

*Skye*

Mis sentidos se agudizaron y reconocí perfectamente a Corey, mi jefe. Empecé a ser muy consciente de lo que me rodeaba: la textura áspera de la tela que me ataba las muñecas, la frialdad de la superficie bajo mis pies y el leve aroma de algo floral mezclado con algo estéril. Mi cuerpo se sentía extraño, un prisionero inoportuno en un caparazón familiar.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había llegado hasta aquí? Las preguntas se agolpaban en mi mente y me esforzaba por atravesar la bruma de confusión que nublaba mis pensamientos. Me concentré en los débiles ecos de la habitación, esforzándome por oír algo más de la voz de Corey. La cadencia familiar que una vez había sido una fuente de consuelo ahora se convertía en algo premonitorio.

Sentí las ásperas cuerdas mordiéndome las muñecas mientras me agitaba contra mis ataduras, la realidad de mi situación cayendo sobre mí como un maremoto. Mi corazón se aceleró, latiendo al ritmo de los frenéticos pensamientos que se agolpaban en mi mente. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba ocurriendo?

—Skye—, dijo, con un tono que destilaba una familiaridad condescendiente que parecía veneno. —Veo que te has estado divirtiendo—

Luché contra las ásperas cuerdas que me mordían las muñecas y se me aceleró la respiración. —¿Qué quieres decir?— conseguí balbucear, con la voz apagada y débil.

—Oh, vamos—, río suavemente, el sonido reverberó por todo el espacio. —¿Creías que podrías ocultarlo para

siempre? ¿Los hoteles lujosos, las cenas caras? Tengo todas tus facturas—

Sus palabras atravesaron la bruma de mi confusión como un cuchillo. Sentí un peso nauseabundo en el estómago cuando las implicaciones de su afirmación me golpearon. *Él lo sabía.* Sabía del dinero que había tomado, de los pequeños lujos que me había permitido mientras viajaba por negocios de la empresa.

—Se suponía que ibas a ser una estrella en ascenso, Skye—, continuó, acercándose, con los ojos entrecerrados a cada palabra. —En lugar de eso, has estado viviendo como una reina mientras tus colegas trabajan duro para ganarse el sustento—

Quería gritar, negarlo todo, pero el miedo alojado en mi garganta me hizo enmudecer. Mi corazón se aceleró, latiendo al ritmo de los frenéticos pensamientos que se agolpaban en mi mente. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba ocurriendo?

La realidad de mi situación se abatió sobre mí como un maremoto. Podía sentir la presencia de Corey acercándose, sofocándome con su decepción y su ira. Intenté liberarme de las muñecas, pero las cuerdas me apretaban, recordándome lo impotente que era.

—¿Crees que te dejaría escapar de esto?—, me preguntó, inclinándose más cerca, con su aliento cálido sobre mi piel. —Has estado disfrutando demasiado como para dejarlo pasar sin consecuencias—

Levanté la vista hacia él, la desesperación llenando mi mirada. —Corey, por favor...—

—Pensabas que podías salirte con la tuya porque eres encantadora. Porque eres la favorita de la oficina. Pero ese encanto no te salvará ahora—

Quería gritar, defenderme, explicar que nunca había querido llegar tan lejos, pero las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Qué podía decir? ¿Que el atractivo de un estilo de vida extravagante me había cautivado? ¿Que había pensado que podría llevarlo sin que nadie se diera cuenta?

—Ahora—, dijo Corey, su expresión pasó de la decepción a algo más oscuro, —tienes que entender que las acciones tienen consecuencias. Y vas a aprenderlo por las malas—

¿Qué iba a hacer? El miedo se me retorció en las entrañas, un nudo de espanto que se apretaba con cada latido. Me sentía totalmente expuesta, como un espécimen bajo un microscopio, con todos mis defectos al descubierto para que él los juzgara.

Respiraba entrecortadamente mientras intentaba liberarme, pero las ataduras me sujetaban con firmeza. La oscuridad me envolvía como una manta asfixiante y era plenamente consciente de mi cuerpo: cada suave curva, cada respiración. Me invadió el pánico, un instinto feroz de escapar de aquella pesadilla.

—Quieres comerle el coño—, dijo, con un tono cruel en sus palabras que me produjo un escalofrío de terror.

—¡No!— Quería gritar, hacerle entender que yo no era un juguete. Pero mi voz estaba apagada, atrapada tras la mordaza que me llenaba la boca, lo que hacía que mis protestas fueran impotentes.

Sentí una caricia, una mano acariciándome la piel, deteniéndose en mis pechos. Mi cuerpo respondió instintivamente, una reacción traicionera que me llenó de vergüenza. Sentí el calor de un aliento contra mi carne y sacudí el cuerpo, desesperada por romper el hechizo que me mantenía cautiva. La sensación de ser tocada me resultaba extraña y familiar a la vez, y encendía un conflicto en mi interior que no podía comprender.

La oscuridad me rodeaba, densa y sofocante, y apenas podía oír las voces que entraban y salían de mi conciencia. Mi respiración se aceleró al sentir que una presencia se acercaba y el aire se espesaba con una inquietante anticipación.

Entonces lo sentí: un aliento cálido en mis partes más íntimas, que me produjo una sacudida de miedo mezclada con una emoción inoportuna. Mi instinto me impulsó a apartarme, pero las cuerdas me mantenían cautiva. No podía escapar de las sensaciones que

surgían en mi interior, un conflicto que se encendía en la boca del estómago.

—¡No, por favor!— Quise gritar, pero las palabras fueron sofocadas por la mordaza que llenaba mi boca, haciendo que mis súplicas fueran impotentes. El contacto era eléctrico, y sentí el roce de su lengua contra mi piel, provocándome oleadas de confusión. Todos mis instintos me gritaban que luchara, que resistiera esta violación.

—Haz que se venga—, la voz de Jay atravesó la oscuridad, fría y burlona. Podía oír la diversión en su tono, un placer que me hizo un nudo en el estómago.

Sentí sus manos jugueteando con mis pechos, apretando y provocando como si yo no fuera más que un objeto para su disfrute. La vergüenza ardía en mi interior, encendiendo un fuego que chocaba con las sensaciones que invadían mi cuerpo. Volví a sacudirme contra las cuerdas, tratando de escapar, de afirmar alguna forma de control sobre el caos que me envolvía.

Jay se arrodilló a mi lado, su presencia era una mezcla de peligro y encanto. Sentí el calor de su aliento cuando se inclinó hacia mí, rozándome la piel. Se me aceleró el corazón cuando intenté apartarme, pero las cuerdas me sujetaban con firmeza. El agudo contraste de su contacto encendió un fuego en mi interior, algo primitivo que no quería reconocer.

Sus labios encontraron mi pecho y me estremecí ante el inesperado placer que me recorrió. Se turnó para acariciar cada pezón, su lengua se arremolinó y jugueteó con una intimidad que hizo que mi cuerpo se llenara de sensaciones contradictorias. Me retorcí contra mis ataduras, asustada y desconcertada a la vez por la forma en que mi cuerpo respondía, traicionándome ante el terror.

Luego estaba Corey. Su lengua chasqueaba y giraba, y yo tenía que concentrarme; no podía dejarme perder en aquello.

Pero mientras Jay continuaba con sus atenciones, las sensaciones empezaron a aumentar, un calor peligroso que se acumulaba entre mis piernas. Podía sentir la

presencia de Corey rondando, y una oleada de vergüenza me inundó. Sabían que estaba atrapada, tanto física como emocionalmente. Podían ver mi miedo y la forma en que mi cuerpo reaccionaba a pesar de que mi mente gritaba por escapar.



## El Encanto del Poder

### *Corey*

Skye se retorció debajo de mí, y sentí el calor que irradiaba del coño, un calor que me envolvía y avivaba mi deseo. Era embriagador. Su respiración se agitó cuando apreté la boca contra ella, acariciando su núcleo con la lengua. Sentía cómo su cuerpo respondía a cada movimiento, a cada suave remolino.

Sus manos se aferraron a las sábanas, con los nudillos blancos, como si se preparara para lo que estaba por venir. Había algo emocionante en verla así: una profesional de la tecnología tan segura de sí misma, tan serena en la oficina, reducida ahora a un tembloroso amasijo de placer. Era una faceta de ella que nunca había visto, y me cautivó.

Saboreé el momento, mi propio deseo palpitando al ritmo de sus suaves gemidos. Me perdí en ella, en el dulce sabor de su excitación, en la forma en que arqueaba la espalda, buscando más. Quería que sintiera todo el placer que yo podía darle. Mi verga palpitaba, anhelando ser enterrada profundamente dentro de ella, pero aún no. No hasta que se viniera para mí.

Podía sentir cómo el cuerpo de Skye se tensaba debajo de mí, una hermosa batalla de voluntad y deseo. Hacía todo lo posible por resistirse al clímax que estaba a punto de llegar, pero yo podía verlo: cómo sus caderas se movían instintivamente, cómo se le aceleraba la respiración cuando le acariciaba el clítoris con la lengua.

—Déjate llevar, Skye—, murmuré, con voz baja y alentadora. Era embriagador presenciar su lucha, atrapada entre el deseo de ceder y la necesidad de contenerse. Pero yo quería que lo sintiera, que aceptara el placer que yo estaba dispuesto a darle.

Giró la cabeza hacia delante y hacia atrás, con el cuerpo moviéndose a un ritmo desesperado, atrapada en un torbellino de sensaciones. Me sentí poderoso, sabiendo que tenía la capacidad de llevarla al borde del abismo. Mientras seguía lamiéndola, acercándola al límite, notaba cómo aumentaba la tensión en su interior.

—Vamos—, susurré, con el corazón acelerado mientras me entregaba a su placer. —Sabes que lo deseas—

Y entonces, sin más, sucedió. Su cuerpo se estremeció cuando la ola del orgasmo se abatió sobre ella. Sentí cómo se liberaba, cómo se estremecía y se retorció debajo de mí, incapaz de contenerse por más tiempo. En ese momento, toda resistencia se desvaneció y me deleité con el sabor de su éxtasis.

Ese era nuestro secreto: su entrega y mi alegría por haberla llevado hasta ese punto. Nada más importaba en aquel momento; sólo estábamos nosotros, perdidos en la eléctrica intimidad que habíamos forjado.

—Eso es, ahora fóllatela— Fue un momento que me produjo un subidón de adrenalina, pero me pareció surrealista, casi como si estuviera viendo cómo se desarrollaba una escena en lugar de formar parte de ella.

Los gritos de Skye resonaban en mis oídos, amortiguados por la mordaza. Estaba perdida en un torbellino de emociones, su cuerpo la traicionaba cuando el placer chocaba con la desesperación. Podía ver el conflicto en sus ojos, la forma en que suplicaba en silencio que parara, pero su cuerpo respondía a las sensaciones que la recorrían. Era una yuxtaposición cruel, y no podía evitar la sensación de que estaba cruzando una línea con la que antes sólo había fantaseado.

Cuando me metí entre sus piernas, mi corazón se aceleró. Me costaba creer que estuviera a punto de satisfacer el anhelo que había estado latente bajo la superficie durante tanto tiempo. Sentía un hambre feroz dentro de mí, y no podía hacer nada para contrarrestarlo. Apreté la verga contra ella, sintiendo el calor que irradiaba su cuerpo, y vacilé un instante, atrapado entre el deseo y un fugaz sentimiento de culpa.

Pero entonces, no pude contenerme más. Lentamente, me hundí en ella, saboreando la sensación de su calor envolviéndome. Era increíble, su cuerpo me envolvía, un ajuste perfecto que hacía correr la dopamina por mis venas. Luché por contener los sonidos de placer que amenazaban con salir de mis labios a medida que profundizaba y mis embestidas se hacían más urgentes.

No había vuelta atrás. Me perdí en el momento, en la forma en que el cuerpo de Skye reaccionaba ante mí, incluso cuando percibía su agitación interior. Cada embestida era una mezcla de pasión y una necesidad abrumadora de hacerla sentir bien, de demostrarle que esto podía ser algo más que una simple actuación. Quería perderme en ella, ahogarme en la conexión que surgía entre nosotros, con la esperanza de encender una llama que pudiera consumirnos a los dos.

Cada empujón nos acercaba más y me sentía vivo como nunca antes. Sabía que estábamos al borde de algo complicado, pero en ese instante, todo lo que quería era llevarla a lo más profundo del placer, borrar el caos que nos rodeaba, aunque sólo fuera por un pequeño instante.



## El Límite del Control

*Skye*

Por mucho que me molestara la situación, no podía negar que Corey era un experto en esto. Con cada embestida, su verga empujaba profundamente dentro de mí, alcanzando los límites de mi cuerpo. La forma en que se movía era enloquecedoramente precisa, rozando mi clítoris hinchado mientras golpeaba ese punto sensible dentro de mí que me hacía respirar entrecortadamente. Me recorrió una mezcla de frustración y placer a regañadientes, y pude sentir que no sólo buscaba su propia liberación, sino que también quería que yo me viniera otra vez.

Sentí que la presión crecía en mi interior, un impulso abrumador que dudaba que pudiera resistir durante mucho más tiempo. Pero cuando aminoró el ritmo, me di cuenta de que era paciente, que trabajaba deliberadamente para prolongar la experiencia. Su control sobre su propio placer me hizo aún más consciente de la reacción de mi cuerpo ante él.

Para mi consternación, me encontré respondiendo, empujando contra él como si mi cuerpo me traicionara. Me enfadé conmigo misma por permitirlo, pero me sentía tan bien. La deliciosa tensión aumentó y pronto volví a estar al borde del abismo.

Cuando mi segundo orgasmo me inundó, una oleada de intenso placer recorrió mi cuerpo. Gemí, perdida en la sensación, y pude sentir cómo Corey saboreaba mi clímax a su alrededor. La forma en que se deleitaba con ello hacía que el momento fuera aún más excitante. Rodé hacia delante y hacia atrás, sintiendo cómo la tensión de mi cuerpo se liberaba por fin, hundiéndome en la cama debajo de él.

—Oh, joder—, murmuró, y esa sola frase me produjo un estremecimiento, un recordatorio de que estaba a punto de acabar. Mi corazón se aceleró, sabiendo que estaba listo para ceder a su propio deseo.

El cuerpo de Corey temblaba sobre mí, con los músculos tensos mientras alcanzaba el clímax. Podía sentir su calor, la forma en que se estremecía mientras se liberaba dentro de mí, su respiración entrecortada contra mi piel. Cada oleada de placer lo recorría y yo era plenamente consciente de cada pulso mientras me llenaba. Fue una sensación abrumadora, su liberación mezclada con mi propio calor persistente, y por un momento, todo lo demás desapareció.

Continuó moviéndose, ahora lentamente, casi como si estuviera saboreando los últimos restos de su placer, vaciando cada parte de sí mismo hasta que no le quedó nada. Sólo cuando estuvo agotado y su cuerpo se aflojó, se retiró por fin, dejándome allí tumbada, sin aliento, atada y perdida en las secuelas de todo lo que acababa de ocurrir...

Apenas podía asimilarlo. El hecho de que me hubieran empujado tan lejos me llevó al límite no una sino dos veces. Corey había tomado el control de un modo que nunca creí posible y, aunque me molestaba lo vulnerable que me sentía, una parte de mí no podía negar la intensidad de todo aquello. Mi mente se agitó, pero antes de que pudiera darle sentido, sentí que el colchón se movía de nuevo.

Jay estaba allí ahora, acercándose, y me di cuenta de que mi calvario estaba lejos de terminar.

—Ahora me toca a mí— La voz de Jay atravesó la bruma y sus palabras me hicieron darme cuenta de algo. Lo sentí, el calor de su cuerpo presionando contra el mío, su grosor burlándose entre mis piernas.

No dije ni una palabra, no es que hubiera podido, aunque lo hubiera intentado. Un silencio resignado se apoderó de mí mientras su verga me llenaba lentamente, estirando mi cuerpo ya sensible de un modo que me hacía estremecer. Era más grande que Corey, y enseguida supe que esto era diferente. Mientras Corey

había sido deliberado y se había centrado en hacernos disfrutar a los dos, Jay no tenía esas intenciones.

Estaba aquí por una razón: satisfacerse a sí mismo, y lo dejaba claro con cada fuerte embestida. No había ritmo, ni ternura, sólo la necesidad primaria que buscaba satisfacer a mi costa. Mi cuerpo se sacudía bajo el peso de su asalto, mi respiración era rápida y superficial mientras él me penetraba una y otra vez.

Gruñí bajo la presión, atrapada entre la rudeza de todo aquello y la confusa sensación de placer que surgía en mi interior a pesar de mí misma. Odiaba que mi cuerpo respondiera. Pero por mucho que quisiera negarlo, no podía detenerlo: el calor que crecía en mi interior, el placer que hormigueaba al borde de cada embestida.

—Oh, no...— Me susurré a mí misma, sintiendo el pulso familiar de otro orgasmo que crecía más rápido de lo que podía controlar. Intenté resistirme, pero fue inútil.

Odiaba no poder dejar de moverme contra él, mis caderas traicionándome una y otra vez mientras empujaba instintivamente de vuelta, persiguiendo la liberación que sabía que estaba por llegar. Al final, dejé de resistirme y mi cuerpo se rindió a lo inevitable. Y cuando por fin llegó el orgasmo, fue innegable: intenso, abrumador y devorador.

Mientras mi cuerpo se estremecía con la liberación, Jay me seguía de cerca, gimiendo de satisfacción cuando alcanzó el clímax y se derramó dentro de mí. Los dos nos vinimos juntos.



## Enredados en el Placer

### *Corey*

Al ver a Jay moverse sobre Skye, mi propio cuerpo reaccionó instintivamente. La visión de ellos juntos despertó algo en lo más profundo de mi ser y, en poco tiempo, sentí que la tensión familiar volvía a crecer en mi interior. Mi verga se endureció, el impulso de tomar el control regresó con una fuerza que no había esperado. Cuando Jay finalmente se apartó, supe que era mi turno de nuevo.

Me subí a la cama y me acerqué a Skye, cuyo cuerpo aún temblaba como consecuencia de todo lo que acababa de ocurrir. Con un movimiento deliberado, le desabroché la mordaza, dejándola respirar mientras me colocaba frente a ella. Ella no se resistió, su mirada se cruzó con la mía por un momento, un silencioso entendimiento pasó entre nosotros.

Sin mediar palabra, separó los labios y me aceptó cuando me introduje en su boca. La calidez de su boca me envolvió y gemí suavemente ante la sensación, observando cómo empezaba a moverse, moviendo la cabeza a un ritmo constante. Había algo hipnotizador en su forma de hacerlo: su concentración, la manera en que tomaba todo lo que podía de mí como si supiera exactamente lo que yo quería.

Mientras trabajaba, mi mano bajó hasta donde Jay había estado momentos antes. La rocé con los dedos, sintiendo el calor y la humedad aún persistentes, y me maravillé de lo receptiva que era. Su cuerpo parecía palpar bajo mis caricias, y la sensación no hizo más que aumentar la intensidad del momento.

Mi respiración se aceleró, mis sentidos se sobrecargaron mientras la observaba, la sentía y dejaba que el placer

me inundara. Había algo primitivo en ello, algo que me hacía querer saborear cada segundo. La sumisión de Skye y su voluntad alimentaron en mí una profunda satisfacción, y no pude evitar perderme en el momento.

Skye se había perdido por completo, metiéndose ansiosamente el pene de Jay en la boca. El espectáculo era embriagador: sus caderas subían y bajaban al ritmo de sus dedos, una danza de deseo crudo que me dejó sin aliento. No podía creer lo rápido que había pasado de ser una víctima a buscar activamente el placer. Mi mente se aceleró mientras la observaba, atrapada en el momento, y sentí una mezcla de fascinación y algo más profundo.

Su cuerpo estaba vivo, respondiendo a la estimulación como si tuviera mente propia, y pude ver el conflicto en su expresión. Una parte de ella parecía avergonzada de lo que estaba ocurriendo, pero me di cuenta de que su cuerpo lo ansiaba, agitado por sensaciones que no podía ignorar. La forma en que se movía, el rubor de su piel... era un testimonio de su innegable excitación.

Me di cuenta de que las ataduras la hacían más receptiva, como si rendirse a sus ataduras le permitiera explorar sus deseos sin vacilar. Era a la vez cautivador y desgarrador verla atrapada en ese torbellino de emociones e instintos.

Pero entonces ocurrió lo inesperado. Mientras mi verga se deslizaba de la boca de Skye, sus ojos se encontraron con los míos y, antes de que pudiera hacer otro movimiento, su voz atravesó la bruma.

—Por favor, fóllame— La súplica flotaba en el aire, cargada de necesidad y desesperación, cogiéndome completamente desprevenido.

Había fuerza en sus palabras, una urgencia que me produjo un escalofrío. Apenas podía comprender lo que acababa de oír. Era como si, en ese momento, hubiera abrazado plenamente su deseo, abandonando la vergüenza y rindiéndose al placer que se había apoderado de ella.

—Vale —, dije finalmente, dándome cuenta de que había abierto la puerta a algo más profundo. Me deslicé entre sus piernas, sintiendo el calor que irradiaba el cuerpo de

Skye mientras me colocaba en posición. Con un suave empujón, penetré en su interior, una sensación que me produjo una sacudida. Me sentí como si estuviéramos destinados a estar aquí, juntos, en este momento.

Cuando empecé a moverme, bajé la cabeza y mi boca encontró sus suaves pezones. Los chupé y lamí, sintiendo cómo se endurecían contra mi lengua mientras acompañaba el ritmo de mis embestidas. El cuerpo de Skye respondió con avidez, sus caderas chocaron con las mías con una nueva confianza que me aceleró el pulso.

Ya no se resistía; se entregaba al placer, y sus suaves jadeos y suspiros avivaban mi deseo. Cada embestida era correspondida con la suya, una hermosa danza de necesidad y satisfacción. Podía sentir cómo crecía la tensión entre nosotros, una carga eléctrica que hacía zumbar cada nervio de mi cuerpo.

Y entonces, con un chillido de placer, se vino. El sonido fue música para mis oídos mientras su cuerpo se estremecía debajo de mí, con espasmos de placer. Era embriagador verla perderse en el éxtasis, y sentí que mi propio clímax se acercaba, que el calor aumentaba en mi interior.

Con un último impulso, me liberé dentro de ella, sintiendo cómo se rompía la tensión al vaciar hasta la última gota. Temblé, abrumado por la intensidad de todo aquello, nuestros cuerpos entrelazados en un momento que parecía tanto la culminación como el principio.



## Expuesta

### *Skye*

Me quedé tumbada, sin aliento, con el corazón todavía acelerado por lo que acababa de ocurrir. La habitación estaba llena de un resplandor, una mezcla de calor y confusión que se arremolinaba a mi alrededor. Vi cómo Corey saltaba de la cama, con movimientos fluidos y seguros. Se vistió rápidamente junto a Jay, sus bromas informales contrastaban con la tensión que aún me embargaba.

—Skye—, dijo Corey, volviéndose hacia mí, con una mirada intensa. —Ahora eres mía—

Sus palabras me provocaron un escalofrío, una mezcla de euforia e incertidumbre. Me sentí a la vez reclamada y expuesta, como si estuviera al borde de algo estimulante pero peligroso. Había poder en su declaración, una sensación de propiedad que me emocionaba y me inquietaba a la vez.

—Disfruta de estas pequeñas vacaciones, como siempre haces,— continuó, con una sonrisa en los labios. —Pero recuerda que, al final, me perteneces—

Abrí la boca para responder, pero no salieron palabras. Las implicaciones de su afirmación flotaban en el aire entre nosotros. Una parte de mí quería protestar, reclamar mi independencia, pero otra ansiaba la emoción de lo que me esperaba.

Mientras Jay terminaba de vestirse, me di cuenta de la camaradería que había entre los dos hombres. Era un duro recordatorio de mi vulnerabilidad en esta situación, y sabía que estaba atrapada en una red creada por Corey. Sin embargo, sentí una chispa de algo más profundo, una conexión que nunca había previsto.

—¿Skye?— La voz de Corey irrumpió en mis pensamientos, devolviéndome al presente.

Lo miré a los ojos y, en ese momento, vi un destello de algo más que simple deseo. Había una promesa, un desafío que me aceleró el pulso.

—De acuerdo—, dije finalmente, con voz firme a pesar del torbellino de emociones. —Allí estaré—

Su sonrisa se ensanchó y una mirada cómplice se cruzó entre nosotros. Mientras Jay y él se marchaban, me quedé a solas con mis pensamientos, luchando con el nuevo papel que me esperaba.

Me quedé allí sentada durante un buen rato, envuelta en el silencio posterior, con la mente a mil por hora. ¿A qué había accedido? No podía deshacerme de la sensación de haber sido arrastrada a algo que escapaba a mi control. Una parte de mí quería rendirse, ver adónde me llevaba este camino con Corey.

Mis pensamientos se trasladaron al principio, a la primera vez que había cruzado la línea. No había querido caer en esto. La primera vez que utilicé el dinero de la empresa para algo personal me había parecido una pequeña e insignificante rebelión: un pequeño lujo durante un viaje de negocios. Estaba agotada por las reuniones, abrumada por el estrés, y cuando vi el menú del spa en la habitación del hotel, tomé una decisión que me dije a mí misma que era inofensiva. Un masaje para aliviar la tensión. Pero ahí empezó todo.

Ese primer masaje no había sido más que profesional, pero plantó una semilla. En el siguiente viaje, pasé a algo más indulgente: un masaje erótico que me dejó mareada de placer. La emoción del secreto, el peligro de mezclar los negocios con el deseo, alimentaron algo temerario en mi interior. Cada vez que reservaba otro masaje, ocultando el gasto bajo el dinero de la empresa, me sentía un poco más audaz, un poco más atrevida. Se convirtió en un subidón.

Entonces llegó aquella sesión que lo cambió todo. Me había vuelto demasiado cómoda, demasiado confiada en el masajista. Sus manos habían ido más lejos de lo que había previsto y, cuando me di cuenta, estaba

demasiado perdida en la sensación como para preocuparme. No lo detuve. En lugar de eso, me dejé llevar y sucumbí a la emoción ilícita de todo aquello. Ese momento fue mi perdición, el principio del fin.

Ahora, aquí estaba yo, atada a Corey por algo mucho más potente que las finanzas de la empresa. Él lo sabía todo, tenía mi secreto en la palma de su mano. Pero no era sólo el miedo lo que me mantenía atada a él. Era la forma en que me miraba, como si viera cada parte de mí, incluso las que yo intentaba ocultar. Y la forma en que su voz mandaba, el calor y la exigencia de su mirada, me hacían sentir un fuego en las venas que no podía ignorar.

Pensé en cómo me había mirado esta noche, en lo exigente que había sido, en cómo había tomado el control de todo con tanta facilidad. Su tacto había sido calculado, su deseo palpable. Quería que me rindiera, y lo más aterrador era que yo quería ceder. Quería volver a sentir la misma emoción, el subidón de ser reclamada, de perder el control.

Pero, ¿podría? Encontrarme con él en Los Ángeles significaría entrar de lleno en lo que fuera que había entre nosotros. Ya no se trataba sólo del desfalco; se trataba de mí, de en quién me estaba convirtiendo cuando estaba con él. Una parte de mí temía perderme, pero otra ansiaba la intensidad de todo aquello: el poder, la pasión, lo desconocido.

Siempre había sido yo quien tenía el control. En mi vida profesional, yo mandaba, tomaba las decisiones. Pero Corey... me hacía sentir algo diferente, algo que me excitaba y me asustaba a la vez.

Cerré los ojos, el peso de la decisión se asentó sobre mí. ¿A qué estaba dispuesta a renunciar? ¿Y qué ganaría a cambio?

Tenía ante mí un nuevo camino, uno que podría deshacer todo lo que había construido. Pero al pensar en la imponente presencia de Corey, en la forma en que me había dicho: —*Eres mía*—, sentí el calor innegable de lo que podría venir a continuación.



## La Emoción de lo Desconocido

*Skye*

Al bajar del avión y adentrarme en el familiar caos del aeropuerto de Los Ángeles, un torbellino de emociones se apoderó de mí. La vibrante energía de Los Ángeles me envolvía, pero esta vez era diferente. Mis recientes vacaciones, llenas de encuentros inesperados y experiencias emocionantes, habían cambiado algo dentro de mí. El aire bochornoso de Florida aún permanecía en mi memoria, encendiendo un calor que corría bajo mi piel.

Cogí mi equipaje y me dirigí a la salida, con el sol radiante derramándose a través de las puertas de cristal. No podía quitarme de la cabeza los embriagadores recuerdos de Corey y Jay. Cada momento que compartíamos había difuminado las líneas de mi realidad, dejándome sin aliento y anhelando más. ¿Qué significaba que hubiera traspasado tantos límites? Se me aceleró el corazón al pensar en mi encuentro con Corey esa misma noche.

Me consolaba la idea de confiar en mi mejor amiga, Mia. Ella lo entendería, y yo necesitaba a alguien que me ayudara a procesar el tumulto de emociones que se arremolinaban en mi interior. Con el corazón latándome a mil por hora, le envié un mensaje de texto con la esperanza de que se reuniera conmigo en nuestra cafetería favorita.

Tras un corto trayecto en coche, entré en la cafetería y el olor familiar a café recién hecho y repostería me recibió como a un viejo amigo. Mia me vio de inmediato y sus ojos se iluminaron mientras me hacía señas para que me acercara. Me estrechó en un cálido abrazo y sentí que me invadía una sensación de bienestar.

—¡Skye! Te he extrañado. Cuéntamelo todo—, me insistió, con los ojos brillantes de curiosidad.

Respiré hondo, saboreando el momento antes de sumergirme en el torbellino de mis vacaciones. —No te vas a creer las cosas que han pasado—, empecé, con la voz apenas por encima de un susurro. Le conté mi experiencia en Florida: el viaje inesperado, las noches embriagadoras con Corey y Jay, y cómo todo se había sentido tan vivo.

Mia me escuchó atentamente y su expresión pasó del asombro a la intriga. —Entonces, ¿estás diciendo que realmente lo disfrutaste? Pasaste de ser una víctima a... bueno, ¿disfrutar del placer?—

Asentí con la cabeza, con el calor subiendo por mis mejillas. —Fue como si descubriera una parte de mí que no sabía que existía. No puedo creer que me permitiera sentirme así. Fue liberador, pero también aterrador. No quería ser sólo un juguete, pero ansiaba esa atención y esa emoción—

—¿Y qué hay de Corey?—, insistió, inclinándose más hacia mí.

Me dio un vuelco el corazón al pensar en él. —Es... complicado. Siempre me ha parecido atractivo, pero esto era diferente. Me vio -me vio de verdad- más allá de la máscara corporativa que llevo. Me sentí vulnerable, pero había poder en esa vulnerabilidad. Y creo que él también lo sintió—

—¿Crees que te estás enamorando de él?— preguntó Mia, suavizando su voz.

Dudé, la pregunta flotaba en el aire como un peso. —No lo sé. Una parte de mí quiere explorar lo que tenemos, pero otra parte tiene miedo. Nunca me he permitido ser tan abierta, sobre todo después de todo—

Mia cruzó la mesa y me apretó la mano. —Te mereces la felicidad, Skye. Pero ten cuidado. Es fácil perderse en la emoción, sobre todo cuando se trata de hombres como Corey—

Asentí, apreciando su preocupación. —Lo sé. No puedo evitar la sensación de que esto podría cambiarlo todo

para mí: mi carrera, mi identidad. Es estimulante y aterrador a la vez—

Mia se echó hacia atrás, con la mirada pensativa. —Entonces tómatelo con calma. Piensa en lo que quieres, no sólo en lo que te hace sentir bien. Has crecido mucho y no quiero que vuelvas a perderte—

Mientras seguíamos hablando, sentí que empezaba a formarse una sensación de claridad. Las últimas semanas me habían abierto los ojos a deseos que había enterrado durante tanto tiempo. Era hora de enfrentarme a esos sentimientos, empezando por mi encuentro con Corey. Necesitaba ser sincera conmigo misma sobre lo que quería y quién quería ser.

Después de que Mia y yo nos despediéramos, salí del café sintiéndome más ligera, aunque había una tensión latente bajo la superficie. Sus consejos me habían tranquilizado, pero la incertidumbre de lo que estaba por venir me corroía la mente. El viaje en coche a casa se me hizo más largo de lo normal, cada semáforo en rojo me daba más tiempo para pensar.

Una vez dentro de mi apartamento, dejé las maletas junto a la puerta y me hundí en el lujoso sofá, con la mirada perdida en el techo. Los recuerdos de Florida aún parpadeaban en mi mente como un sueño intenso, pero la presencia de Corey era la que más perduraba. La forma en que me miraba, la forma en que me reclamaba... no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

No podía dejar de pensar en mañana. Mi encuentro con Corey no era una cita de negocios más, sino que estaba cargado de algo más: una anticipación eléctrica que me hacía sentir un nudo en el estómago. ¿Sería el jefe frío y dominante que me acorralaba? ¿O vería más allá de las formalidades de la empresa, como hacía cuando estábamos solos?

Sentía que se me aceleraba el corazón al pensar en él, y la intensidad de nuestros últimos momentos juntos se reproducía vívidamente en mi mente. La forma en que me tocaba, la forma en que me hablaba... era como si tuviera cada parte de mí en sus manos. Y yo se lo había permitido. No pude evitar preguntarme si esa rendición

era lo que realmente quería, o si aún tenía demasiado miedo de admitirlo ante mí misma.

Crucé la habitación y me serví una copa de vino mientras me acomodaba junto a la ventana, contemplando las luces de la ciudad. Los Ángeles parecía inmensa, pero el mundo en el que me adentraba con Corey me consumía por completo. ¿Qué me depararía el día siguiente?

¿Sería capaz de mantener el control o me perdería aún más en el juego al que estuviéramos jugando?

... ¿Y por qué esa idea sonaba divertida?



## Borrando Fronteras

*Skye*

Volver a la oficina me parecía surrealista. El zumbido de las lámparas fluorescentes y el ruido de los teclados parecían hacerse eco de mis pensamientos acelerados. Intenté concentrarme en los informes apilados en mi mesa, pero mi mente no dejaba de evocar Florida: el sol, la emoción y los momentos embriagadores con Corey.

Mientras me acomodaba a mi rutina, no podía evitar la sensación de que algo había cambiado entre nosotros. Lo veía a través de la oficina, sus hombros anchos y su porte seguro me provocaban una oleada de calor. Esas miradas robadas contenían palabras no dichas, y la tensión crepitaba como estática en el aire, aumentando con cada encuentro.

Nuestros caminos no tardaron en cruzarse en la sala de conferencias. Se estaba celebrando una reunión y Corey estaba al frente, su presencia imponía atención. Sentí el peso de su mirada sobre mí mientras revolvía papeles e intentaba concentrarme en el debate. Se me aceleró el pulso cuando nuestros ojos se cruzaron. La comisura de su boca se levantó ligeramente y, por un momento, la sala que nos rodeaba pasó a un segundo plano.

Me removí en el asiento y sentí un calor familiar en las mejillas. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos. El aire entre nosotros zumbaba con una tensión que no podía ignorar. Lo sorprendí mirándome más de una vez, y cada vez sentí una embriagadora mezcla de deseo y aprensión arremolinarse en mi interior.

Después de la reunión, me quedé junto a la máquina de café, con la esperanza de ordenar mis pensamientos. Pero mientras me servía la taza, oí sus pasos acercándose. Corey estaba apoyado en la encimera, con

una sonrisa despreocupada en los labios. —Oye, ¿qué tal el resto de tus vacaciones?— dijo tan despreocupadamente como si él y Jay no se hubieran escabullido en mi habitación de hotel y me hubieran dado el mejor sexo de mi vida.

—Oye, ¿qué tal el resto de tus vacaciones?— Preguntó despreocupadamente, apoyándose en el mostrador con esa sonrisa casual suya. Pero no podía deshacerme de los recuerdos de aquella noche: la forma en que él y Jay habían invadido mi habitación de hotel, poniendo mi mundo patas arriba de la forma más emocionante. Aún podía sentir los restos del placer cosquilleándome, y ese pensamiento hizo que el calor me subiera a las mejillas.

—Fue... refrescante—, logré responder, forzando un tono ligero que no concordaba en absoluto con el fuego que aún ardía en mis entrañas. Me concentré en la taza humeante que tenía en las manos, intentando mantener la compostura mientras la tensión en el ambiente aumentaba. —¿Y las tuyas?—

Me estudió un momento, con una mirada intensa y escrutadora, como si pudiera ver a través de la fachada que yo intentaba mantener desesperadamente. —Ocupado, como siempre—, respondió, con voz grave y suave, que me produjo escalofríos. —Pero no podía dejar de pensar en ti—

Su confesión me aceleró el corazón y me invadió una oleada de calor. ¿Lo decía en serio? La idea de que Corey pensara en mí, en nosotros, me dificultaba la respiración. —¿Oh?— logré decir, levantando una ceja en tono de desafío juguetón, pero podía sentir el revoloteo en mi estómago.

—Sí—, continuó, acercándose, cerrando el espacio entre nosotros. —Me has dejado impresionado. No esperaba que fueras tan...— Hizo una pausa y sus ojos brillaron con picardía. —...un comodín—

—¿Un comodín?— repetí, fingiendo sorpresa. Las palabras bailaban en mi lengua y quería desafiarlo, ver hasta dónde podíamos llegar con estas bromas juguetonas. —Sólo estaba disfrutando de mis vacaciones—

—¿Disfrutando?—, río entre dientes, apoyándose en el mostrador, y su presencia llenó el espacio de una energía eléctrica. —Es una forma de decirlo. Parecías... especialmente entusiasmada—

Se me encendieron las mejillas, pero no pude apartar la mirada. Su forma de hablar, el brillo de sus ojos, cada palabra era un hilo que me acercaba a él. —Bueno, supongo que estaba inspirada—, repliqué, con la esperanza de desviar el calor del momento, pero el reto juguetón perduró entre nosotros.

Sus labios se curvaron en una sonrisa socarrona y sentí que se me aceleraba el pulso. —¿Ah, sí? Bueno, me encantaría saber más sobre tus... inspiraciones. Ven a mi casa esta noche a las ocho—

Tragué saliva nerviosamente, pero Corey no me dio la oportunidad de responder. Se dio la vuelta y se marchó, dejándome sin aliento y atónita. Mi corazón se aceleró ante la inesperada invitación. ¿Realmente quería ir? Una parte de mí estaba emocionada; otra, aterrorizada.

Más tarde, sentada en mi escritorio, sentí que la oficina estaba cargada de electricidad. Abrí el portátil para intentar concentrarme en el trabajo, pero no dejaba de mirar el teléfono, esperando algo, lo que fuera, de Corey. Cuando estaba a punto de darme por vencida, una notificación apareció en mi pantalla. Era un mensaje suyo, fuera del chat habitual del grupo de trabajo. Sólo una dirección. Se me cortó la respiración.

Terminé mi trabajo con manos temblorosas, el reloj marcaba los minutos que faltaban para que pudiera irme. Por fin, al terminar la jornada, conduje hasta casa aturdida. La expectación bullía en mi interior y me costaba pensar con claridad. Tenía que prepararme.

En la ducha, el agua caía en cascada sobre mi piel, eliminando la tensión del día. Pensé en Corey, en cómo su presencia encendía algo dentro de mí que había estado dormido durante tanto tiempo. Me vestí con cuidado con un bonito vestido negro que se ceñía a mis curvas, mostrando mucha piel y acentuando la confianza que intentaba canalizar. Me subí a los tacones y me miré en el espejo: el pelo me caía con suaves ondas

y el maquillaje resaltaba mis rasgos. Me veía bien y quería sentirme así esta noche.

Mientras salía por la puerta, respiré hondo, con el corazón latiéndome con impaciencia. El camino hasta la casa de Corey fue largo y cada farola que pasaba iluminaba mis pensamientos.

Cuando por fin llegué, me sorprendió la grandiosidad de su mansión. Se alzaba ante mí, elegantemente iluminada, con extensos jardines que aumentaban su opulencia. Tragué saliva con una mezcla de asombro y temor. ¿Estaba realmente preparada para esto?



## Un Juego de Confianza

*Corey*

Cuando sonó el timbre, se me aceleró el corazón. Abrí la puerta y me encontré a Skye de pie, vestida con un elegante vestido negro que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Era como si la tela hubiera sido hecha a medida para ella, y sentí que mi deseo afloraba a la superficie. —Guau—, respiré, momentáneamente sin palabras. —Estás increíble—

—Gracias—, contestó, con un toque de timidez en las mejillas al entrar. La calidez de su presencia llenó la habitación y cerré la puerta tras ella, con un suave eco en la quietud.

Nos sentamos a la mesa, sin apenas tocar la comida que yo había preparado, mientras nuestra conversación fluía a la perfección, cargada de palabras no dichas y miradas persistentes. Compartimos historias y risas, la conexión entre nosotros se hacía más fuerte, más palpable a cada momento que pasaba. La forma en que se inclinaba más hacia mí, con su voz como un susurro sensual, hacía que se me calentara el estómago.

Al final, cuando terminamos lo que quedaba de vino, me incliné hacia ella, bajando la voz. —He estado pensando en lo que pasó en Florida. En nosotros— Observé su reacción, su respiración entrecortada, sus labios entreabiertos.

—Yo también—, admitió, clavando su mirada en la mía.

Me acerqué a ella y rocé su mano con los dedos, sintiendo el calor que irradiaba su piel.

—Vamos a explorar un poco más tu lado sumiso—

—¿Qué tienes pensado?—, preguntó, con voz burlona pero con un trasfondo de curiosidad.

—¿Por qué no trasladamos esto al salón?— Sugerí, con el pulso acelerado al pensar en lo que estaba por venir.

Asintió con los ojos brillantes de intriga. La conduje al salón, donde el suave resplandor de las velas nos envolvió en un cálido abrazo. Le indiqué que se sentara en el lujoso sofá y, cuando lo hizo, cogí una manta suave y la coloqué sobre los dos, creando un capullo íntimo.

A medida que aumentaba la tensión entre nosotros, decidí tomar la iniciativa. —Me gustaría presentarte algunas cosas. Puede que sobrepasen tus límites, pero quizá te resulten excitantes— Observé atentamente su reacción para ver si se sentía cómoda.

—¿De acuerdo?—, respondió mirándome.

Me levanté y me dirigí a mi armario, sacando una pequeña caja que contenía una gran variedad de artículos. La abrí despacio, dejándole ver la colección de cuerdas, vendas y un cosquilleo de plumas.

De pie, me acerqué al armario, con el corazón acelerado, y saqué una cajita que había preparado. La abrí despacio, dejando que viera la colección de objetos que contenía: cuerdas suaves, vendas elegantes y otras tentadoras herramientas para nuestra exploración.

—Primero—, le dije, —quiero que te pongas de rodillas para mí—

Dudó un instante y luego obedeció, hundiéndose en la alfombra de felpa que tenía debajo, con movimientos fluidos y elegantes. Verla arrodillada y esperando mi siguiente orden despertó algo en lo más profundo de mi ser. Me acerqué y levanté un collar que brillaba bajo la suave luz.

Al acercarme, vi que se le hundía el estómago al verlo. Comprendí el peso de aquel collar; significaba algo más que un símbolo de sumisión. Era una declaración, un vínculo forjado en la confianza y el deseo. Pude sentir su lucha interna, la mezcla de excitación y vulnerabilidad que la invadió mientras lo miraba.

—¿Sabes lo que significa?— le pregunté suavemente, buscando en sus ojos comprensión.

Se quedó sin aliento por un momento mientras asentía con la cabeza, con la realidad de lo que le estaba preguntando asentándose en el aire entre nosotros. —Sí—, respondió, con la voz apenas por encima de un susurro, mezclada de inquietud y anhelo.

—No se trata sólo de sumisión, sino de confianza, devoción y exploración de lo que podemos ser juntos—

Le tendí el collar y la miré mientras lo consideraba. —No tienes que ponértelo si no estás preparada—, añadí, queriendo que sintiera la libertad de su elección, incluso en medio de las abrumadoras emociones que se agolpaban en la habitación. —Pero si decides ponértelo, marcará un nuevo nivel de intimidad para nosotros, un compromiso para explorarnos mutuamente en formas que sólo hemos empezado a tocar—

Sus ojos parpadearon de incertidumbre, pero también de expectación. —¿Y si digo que sí?—, preguntó, con la voz temblorosa por la excitación y el miedo.

—Entonces iniciaremos un viaje diferente a cualquier otro que hayamos compartido antes—, prometí, arrodillándome a su altura, con la mirada firme. —Pero sólo si estás preparada—

Tras un largo momento, extendió la mano y sus dedos rozaron el collar. El roce encendió una chispa entre nosotros y pude ver cómo se fortalecía su determinación. —Quiero,— exhaló, su voz llena de determinación y un toque de picardía. —Quiero ponérmelo—

Sentí una oleada de júbilo al oír sus palabras y el corazón se me aceleró mientras le ajustaba con cuidado el collar al cuello. El frío metal se sentía electrizante contra su cálida piel, una conexión tangible que significaba algo más que un vínculo físico: era una promesa, un compromiso de explorar juntos las profundidades de nuestros deseos.

—Mírate—, le dije, con la voz ronca por la admiración. —Eres hermosa— No pude evitar dejar que mis dedos se deslizaran por el cuello, trazando sus contornos como si fuera una gema preciosa. —Esto es sólo el principio, pequeña—

Cuando retrocedí para admirarla, el aire crepitó con una nueva intensidad. —Ahora, veamos lo bien que puedes seguir mis órdenes—, dije, cambiando mi tono a uno de autoridad. —Ponte de rodillas—

Ella obedeció sin vacilar, su cuerpo se movió con elegancia hasta colocarse en posición, y no pude evitar admirar su obediencia. La forma en que brillaba su piel, esa luminiscencia blanca como la perla, parecía atraerme más cerca, instándome a perderme en el momento. Me acerqué despacio, saboreando cómo arqueaba la espalda, cómo la curva de su cuerpo invitaba a que la tocara.

La observo, mi pequeña felina, mientras se mueve con una gracia sin esfuerzo que me cautiva y me excita a la vez. Hay una chispa juguetona en sus ojos, pero también algo peligroso que aumenta mi expectación. Es compacta y cálida, y su cuerpo es una mezcla perfecta de fuerza y suavidad.

Con un suave tirón de la correa, la guío hacia delante, haciéndola gatear sobre manos y rodillas. Su mirada sigue mis movimientos con una curiosidad indiferente, como si estuviera evaluando su propio papel en esta intrincada danza de poder. La rodeo y me tomo mi tiempo para admirar el paisaje. Su piel brilla como una perla pulida bajo la tenue luz, en marcado contraste con la sombría habitación que nos rodea. Siento un fuerte deseo de tocarla, de recorrer con mis manos sus curvas impecables, pero me resisto. Mi orden debe ser lo primero.

Percibo el humor en su obediencia, un reconocimiento juguetón de nuestros papeles. Se somete con una facilidad que me pone la polla dolorosamente dura.

Me inclino y le doy un golpecito en el muslo derecho con el extremo de la correa, y su cuerpo responde casi instintivamente. —Abre un poco más las piernas, pequeña. Muéstrame...— Su rodilla se desliza unos centímetros y arquea la espalda, presentándose maravillosamente. —Joder, eres hermosa— Las palabras salen de mis labios con deseo y admiración.

Me acerco a su cabeza, suelto la correa de su collar y la dejo caer al suelo. Cuando se sienta sobre las piernas y

me mira, me sorprende la intensidad de su mirada. Es como si viera dentro de mi alma y me sorprendiera en un momento de vulnerabilidad. Su sonrisa perversa enciende algo primitivo en mí y, antes de que me dé cuenta, ha bajado y me besa los pies con reverencia. La postura deja a la vista su glorioso culo, y mi verga, ya semidura por nuestros juegos, se pone tiesa al instante. Quiere que la folle.

—Muéstrame cómo me sirves y luego decidiré cuál será tu recompensa—



## Una Lección de Disciplina

*Skye*

La perspectiva de complacerlo me producía un escalofrío, una emoción estimulante que se encendía en lo más profundo de mí. Sabía que podía hacerlo; sabía que él quería verme sobresalir, ser la mejor versión de mí misma sólo para él. Una sonrisa se dibujó en mi rostro, sabiendo que incluso mis tibios intentos le satisfarían más que de sobra.

Con una respiración tranquila, me arrodillé y él me cogió la cabeza con la mano, guiando mis movimientos con una presión firme pero suave. Gemí suavemente a su alrededor, saboreando el peso de su verga en mi garganta. Había satisfacción en la sumisión, un subidón embriagador que me aceleraba el corazón. Había demostrado que aprendía rápido y me encantaba cada segundo.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y me apartaron lo suficiente para que pudiera mirarlo. Aquellos ojos, Dios mío, eran un caleidoscopio de emociones. En ellos danzaba el deseo, una confianza ardiente que me hacía sentir segura y un indicio de algo más. Era casi melancólico, una nostalgia que lo intrigaba tanto como a mí. Me preguntaba si veía la complejidad de todo aquello, si comprendía que la conexión que compartíamos iba más allá del mero placer físico.

Me apartó, con un agarre firme pero reacio. —Eso bastará por ahora—, afirmó, y no pude ocultar la decepción en mi rostro. Mis labios, hinchados y brillantes, formaron un mohín obstinado.

—Quería hacer que te vinieras—, admití, desbordando la sinceridad de mi deseo.

Conocía bien este territorio, comprendía el delicado equilibrio que debía mantener conmigo. Cuando se me negaba con demasiada frecuencia, me deslizaba hacia un lugar oscuro: sombras melancólicas que se colaban donde antes habitaba la luz. —Tus deseos no me son desconocidos—, me tranquilizó, pero la forma en que se reajustó y se subió la cremallera me produjo una pequeña oleada de frustración.

Se sentó en el sofá y me indicó que me uniera a él. Me acurruqué cerca de él, fundiéndome en su calor, aunque mi corazón seguía lanzando silenciosos reproches por la falta de seguimiento. —Se te ha dado lo que pediste, y no está abierto a discusión—, me recordó, con tono resuelto.

—Entonces tal vez podrías persuadirme de que modifique mi actitud actual—, repliqué rotundamente, con el sarcasmo goteando de mis palabras. Le clavé la mirada, sabiendo que la batalla no había hecho más que empezar.

—Estaría más que feliz de ponerte sobre mis rodillas si eso es lo que estás buscando— Sentí que mi cuerpo se tensaba ante sus palabras, pero la emoción que encendían en mí era innegable. —De hecho—, continuó, —creo que eso es exactamente lo que hará falta—

Antes de que pudiera procesar del todo su intención, me empujó hacia la alfombra y me encontré sentada recatadamente entre sus piernas, con la mirada fija en las suaves fibras que tenía debajo.

Con un toque suave pero dominante, me levantó la barbilla y me obligó a mirarle. —Pequeña—, me llamó, con voz grave y cautivadora, sabiendo que me resistiría pero que, en última instancia, nunca podría rechazarle. —Ofrécete a mí. Sé que esto te complace, y cómo te gusta complacer a tu Señor. ¿Verdad, pequeña?—

—Sí—, exhalé, con el corazón doliéndome al oír su voz. Era el único hombre que me había tocado así, utilizando sus palabras para abrirme y acercarme a él.

Con sus dedos aún bajo mi barbilla, me guio para que me pusiera de rodillas. Se inclinó hacia mí y apretó suavemente sus labios contra los míos, provocándome

un cálido estremecimiento. Apoyé la cabeza en los cojines del sofá, con la expectación palpitando en el aire. —Quiero que esta vez cuentes—, me ordenó.

Empezó a azotarme con fuerza y rapidez, y el sonido resonó en la silenciosa habitación. Conté mentalmente en silencio hasta que por fin hizo una pausa. —¿Cuántos?—

—Once, señor—, respondí, con la voz entrecortada.

—Bien. Me alegro de que hoy prestes atención—

Continuó, moviendo la mano a otro sitio pero manteniendo el mismo ritmo agudo y constante. Sentí calor en las nalgas y supe que me sonrojaba. La sensación me provocó un calor palpitante, burlándose de mí mientras me llevaba al borde del placer.

Mi mente empezó a entrar en una espiral de vergüenza por mi posición actual. Su otra mano me apretó firmemente contra la parte baja de la espalda, inmovilizándome contra su pierna mientras su palma tocaba la tierna carne de mi muslo.

Giré la cabeza y apoyé la cara en los cojines para ahogar un gemido. Una parte de mí quería forcejear con él y, sin embargo, sentí una intensa oleada de vergüenza por dejarme humillar tanto por aquel hombre mayor. Sentí el escozor de la vergüenza de que no me dejara darle placer por completo. —¿Cuántos?—, volvió a preguntar.

—Yo-yo perdí la cuenta, Señor.— Justo cuando balbuceé las palabras, empezó de nuevo, sus golpes cayendo con más fuerza. Sentí un calor que me recorría el muslo, un líquido inesperado que me resultaba deliciosamente perverso.

Lo anhelaba dentro de mí; quería que dejara de azotarme y, en su lugar, me follara. Ansiaba que dejara su marca en mí, que me llenara por completo con su semilla. Me sorprendí al darme cuenta de que gemía suavemente, y otra oleada de vergüenza me invadió. —¿Cuántos?—, volvió a preguntar, y yo sólo pude responder jadeando, dividida entre el placer y la vergüenza.

—Ah, buena chica— Sus dedos acariciaron mis nalgas y sentí un estremecimiento ante sus elogios.

Su mano se deslizó por mi mejilla izquierda hasta mi punto más íntimo. Se acercó más y puso la otra mano en mi mejilla derecha, separándome suavemente. El sonido de mi cuerpo cediendo ante él me produjo escalofríos mientras deslizaba dos dedos en mi interior. —Oh, qué dulce, pequeña. Tu ofrenda es preciosa—

Mi cuerpo respondía instintivamente a sus caricias. Podía sentir su excitación, la forma en que su respiración se aceleraba mientras exploraba mi estrechez. —Señor—, gemí, suplicante, mientras me movía ligeramente y mi mano se deslizaba hacia atrás para frotarlo a través de los pantalones. Sus dedos penetraron más profundamente, frotándose contra mis paredes internas lenta y metódicamente. Esta vez pretendía llevarme al clímax.

—Por favor, señor, déjeme saborearlo— ¿Me estaba rindiendo completamente a él, desesperada por satisfacer sus deseos, o era mi propia liberación lo que ansiaba? Pensar en ello me provocó una oleada de calor. Me permitió ajustar mi posición, deseoso de satisfacer mis necesidades.

Cuando me lo metí hasta el fondo de la garganta, sentí que me guiaba con su mano en el pelo. Los músculos de mi garganta masajearon su longitud y luché contra mi reflejo nauseoso mientras él empujaba hasta que pude sentir su calor apoyado en mi barbilla. Sus dedos se deslizaron desde mi centro y empezaron a acariciar mi otra entrada, provocando otra oleada de placer.

Con cada ritmo de mis movimientos, sentía una mezcla de regocijo y vulnerabilidad. Mis gemidos vibraban a lo largo de su cuerpo, y la forma en que hundía un dedo en mí -moviéndose en círculos- me acercaba cada vez más al límite. Me perdí en las sensaciones, cada goteo de saliva mezclándose con el creciente calor entre nosotros.

Pero de repente se detuvo. Se contuvo y me apartó de mi tarea, con un agarre firme pero suave. Nos dimos un beso hambriento, con mi lengua bailando contra la suya. Mi boca, tierna e hinchada por sus exigencias anteriores, ansiaba su contacto una vez más.

—Por favor—, jadeé, una súplica que se escapó de mis labios cuando nuestro beso se rompió. —Te necesito—



## Romperla

### *Corey*

Me separé del beso, soltándole el pelo y rodeándola con los brazos mientras ella se dejaba caer contra mí, casi sollozando. El calor de su cuerpo contra el mío era embriagador y la atraje hacia mi regazo, acunándola sobre mi costado izquierdo. Con la mano derecha, separé sus esbeltas piernas, admirando su desnudez y la forma en que se entregaba a mí.

—Recuerda quién tiene el control aquí, Skye—

Al instante, se relajó, permitiéndome colocarla a mi gusto. —Ahora vamos a tener una breve lección de obediencia— La abrí más esta vez, enganchando su pierna izquierda con mi pie y arrastrándola lejos del sofá. Mis dedos volvieron a rozar su clítoris y ella se estremeció, dejando escapar un suave —¡Ooh!—

Llevé la mano izquierda a sus pechos, apretándolos con fuerza antes de posarla sobre el lado derecho. Mi brazo cruzó su cuerpo, sujetándola mientras forcejeaba debajo de mí. Sus movimientos tenían una fuerza sorprendente y le frustraba que la inmovilizara de nuevo. Golpeé con fuerza su sexo con la palma de la mano, justo encima del clítoris. Se retorció por el impacto, antes de forcejear.

—¿Vas a obedecerme?— le pregunté, deslizando la palma sobre el clítoris y metiendo los dedos en su calor resbaladizo. Mantuve el brazo sobre su torso mientras pellizcaba y retorcía su pezón, tirando de él, torturándolo de tal forma que la hacía retorcerse. Ella se apartó, pero yo hundí más los dedos, sintiendo una oleada de humedad cuando ella se apretó contra ellos.

—Qué dulce juguete— Tiré de su pezón hacia arriba, observando cómo se le levantaba el pecho antes de

soltarlo, mientras retorció los dedos dentro de ella.  
—Hoy te vas a venir para mí—

Sus gemidos se habían hecho más profundos, una melodía que me incitaba a seguir, y mi verga estaba tan dura que parecía que iba a explotar. Sacudí la cabeza, intentando despejar la mente, resistiéndose claramente al placer que amenazaba con abrumarla. Sentía que su temperatura corporal se disparaba y que el calor irradiaba de ella como un horno.

Levanté la mano y volví a golpearla bruscamente en el sexo, disfrutando del agudo crujido de la piel al chocar. El sonido retumbó en el aire, un recordatorio primitivo de la dinámica de poder que existía entre nosotros. Cuando se le cortó la respiración, solté su pezón y mis dedos se arremolinaron alrededor de su clítoris con calculada precisión. Era plenamente consciente de lo cerca que estaba del límite, y su cuerpo delataba su resistencia al estremecerse bajo mis caricias. La forma en que brillaba su piel, la manera en que se retorció, era embriagadora: por fin estaba quebrantando su determinación.

Mi respiración se aceleró, cada jadeo se mezclaba con el sonido de sus suaves gemidos. Introduje los dedos más profundamente en su interior, a un ritmo brutal que coincidía con el dolor palpitante de mi propia necesidad. La intensidad de su calor me envolvió, una dulce invitación a perderme completamente en ella.

Justo antes de que se soltara, me detuve, deleitándome con la forma en que su cuerpo se tensaba por la frustración. —No—, gruñó, con un sonido mezcla de rabia y deseo, y sus ojos se oscurecieron con una necesidad desesperada.

Sonreí ante su impaciencia antes de sacarme la verga y sentir cómo el aire frío golpeaba mi cuerpo palpitante. Volví a hundirme en ella con un gemido, saboreando lo mucho que había extrañado esta conexión, el calor crudo de estar dentro de ella. —Dime lo bien que te sientes—, murmuré, empujando más hondo, deseando oír cómo se rendía al placer que le ofrecía.

—Se siente... muy bien, Señor—, jadeó, su cuerpo arqueándose para recibir mis embestidas, una ansiosa invitación a más.

—Bien—, respondí, con la voz cargada de deseo, cada palabra como una orden envuelta en terciopelo. —Te vas a venir para mí. Quiero verte desmoronarte—

Su cuerpo se tensó en torno a mí, un apretón de éxtasis, y la sentí al borde del abismo. Su respiración se entrecortaba, un frágil sonido que me impulsaba a seguir. —Por favor, no pares. Te necesito... necesito esto— La desesperación en su voz encendió algo primitivo dentro de mí.

—Entonces suéltate, pequeña. Deja que suceda—, la insté, empujando con más fuerza, sintiendo las paredes de su calor agitarse a mi alrededor, como si suplicaran que las liberara. —Lo estás haciendo muy bien; estoy muy orgulloso de ti—

Cuando la empujé más cerca del precipicio, gritó, un sonido lleno de una mezcla de desesperación y placer innegable. —¡Joder! ¡Me vengo!—

—Buena chica—, la alabé, con voz grave y gruesa, mientras sentía cómo su cuerpo se estremecía y palpitaba a mi alrededor, una oleada de liberación que la inundaba. —Eso es. Justo así— La vi soltarse por completo, la visión de su placer me llevó al límite de mi propio control.



## La Dicha de Obedecer

*Skye*

Flotaba aturdida, cada centímetro de mí zumbaba con las réplicas del placer. El mundo que me rodeaba parecía distante y nebuloso, como si estuviera sumergida en agua caliente, ingrávida y completamente en paz. Sin embargo, la presencia de Corey era nítida e inmediata, una atadura que me mantenía en tierra mientras me sumergía en aquella euforia. Su tacto me producía un hormigueo en la piel, el cuerpo flexible y abierto, completamente entregado al momento.

Su voz era un murmullo bajo en mi oído, que me hacía retroceder lo suficiente para oírle. —Me va a encantar jugar contigo todo el fin de semana, pequeña— Sus palabras eran una promesa, cargada de intención, y pensar en ello hizo que mi cuerpo, ya de por sí feliz, se derritiera aún más entre las sábanas. Lo deseaba, lo deseaba en todos los sentidos, y la idea de rendirme una y otra vez me hacía sentir un dolor casi demasiado dulce.

Sentí su mano deslizarse perezosamente por mi costado, recorriendo las curvas que había explorado tan a fondo momentos antes. Cada roce de sus dedos provocaba pequeñas chispas en mi piel ya sensibilizada, recordándome lo a fondo que me había destrozado. Mi respiración era superficial pero constante, como si mi cuerpo hubiera aceptado por fin las consecuencias de lo que acababa de ocurrir.

—Mírate—, susurró, con un tono de satisfacción. —Tan suave, tan abierta— Sus dedos bajaron, no con la intención de reclamar, sino simplemente para recordarme que era el dueño. —Podría pasarme horas mirándote así—

No pude responder, no con palabras. Mi mente estaba demasiado tranquila, demasiado contenta en el espacio en el que me encontraba. El *Subespacio*. Había oído hablar de él y leído sobre él, pero esto era diferente. Era como deslizarme entre las capas de mí misma, despojándome de todas las preocupaciones e inseguridades, dejando atrás sólo la cruda y vulnerable verdad de quién era con él. Era embriagador.

—Te empujaré más lejos—, continuó, su voz aún suave y gentil pero llena del peso de una promesa. —Eres mía, Sky. Todo el fin de semana. Sin distracciones ni interrupciones—

Me estremecí al pensarlo, no de miedo, sino de expectación. Sabía exactamente hasta dónde llevarme, cuánto podía aguantar y un poco más. Era tan excitante que me dejaba sin aliento.

—Estás temblando—, dijo, casi divertido. —¿Es demasiado?— Su mano se detuvo, esperando mi respuesta.

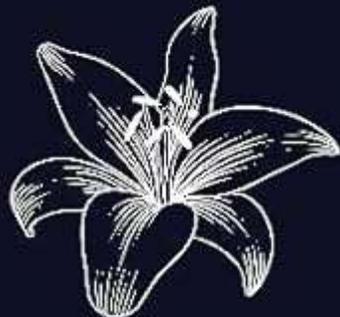
Lancé una suave carcajada y sacudí la cabeza mientras lo miraba a los ojos por primera vez desde que me había llevado a ese estado. —No, no es demasiado. Nunca demasiado— Mi voz sonaba distante incluso para mis propios oídos, como si viniera de otro lugar.

Su sonrisa se acentuó, con esa mirada cómplice que siempre me decía que él tenía el control absoluto y que yo estaba exactamente donde él quería. —Bien. Porque acabamos de empezar— Se inclinó más hacia mí y me rozó la sien con los labios. —Y me muero de ganas de ver cómo eres cuando estás completamente deshecha—

Me perdí en el ritmo de sus manos, la melodía de su voz, completamente entregada a la experiencia. Y con Corey, esa entrega parecía la única verdad que importaba.

Todo lo que podía hacer era asentir, mi cuerpo y mi mente completamente suyos, esperando lo que me deparara el fin de semana.

## SOBRE LA AUTORA



*Tiffany Lily*

*Sin información disponible.*

